



**EDITORIAL
ROSAMERÓN**

El eje del mundo

**LA CONQUISTA DEL YO
EN EL SIGLO DE ORO ESPAÑOL**

GREGORIO LURI

Índice

El Siglo de Oro | 17

La aventura del yo | 17

Los límites cronológicos | 36

¿Quién soy yo? | 49

Yo, que los cóncavos senos de tus entrañas habito | 49

No puedo más, no soy mío | 60

Ergo ego sum | 78

¿Por qué tengo yo de creer? | 87

Para engendrar un yo, otro yo es fuerza | 98

El alma activa. El político | 109

Honra es aquello que consiste en otro | 109

Dijeron que parecía bien español en la hipocresía | 121

Quiero gozar, Gutiérrez | 128

El buen salvaje | 139

El buen republico | 154

El desencantado del mundo. El escéptico | 161

Yo, que fui mundano... | 161

Si quisiésemos mirar lo que somos... | 172
Soy un fue, y un será y un es cansado | 188
La guerra interior | 206
El amor nos convierte en el objeto amado | 222

El alma encendida. El místico | 229

Un corazón encorvado en sí mismo | 229
Vivir quiero conmigo | 236
Yo soy el que soy | 243
Instrucciones para desarrimarse de sí | 253
 La luz es lo más hermoso de este mundo | 253
 Observando el espejo de la creación.
 Los franciscanos | 260
San Ignacio de Loyola (1491-1556) | 273
Francisca de Jesús y Mariana de San Simeón | 280
Anihilarse en todo. Los carmelitas. Santa Teresa
 y San Juan de la Cruz | 283
El alma aniquilada. Miguel de Molinos (1628-1696) | 295
El teólogo y el místico: dominicos y capuchinos | 300
 Los dominicos: la razón del cuidado de sí | 305
 Los capuchinos: el centro del alma es el Reino
 de Dios | 317

**El singular y espléndido caso de don Quijote
de la Mancha** | 323

Epílogo: Felipe IV y sor María de Ágreda | 337

El Siglo de Oro

La aventura del yo

ESTE ES EL LIBRO DE UN PEDAGOGO apasionado de nuestro Siglo de Oro cuyo propósito es transmitir al lector su pasión por las joyas que están a nuestro alcance. Basta con estirar la mano para apropiarse de ellas. Son nuestras, pero solo en la medida en que queramos aprehenderlas. Viven aparentemente en las bibliotecas, pero en realidad en el único lugar en que se mantienen vivas es en los ojos del lector.

Nuestro Siglo de Oro es tan fecundo en genios que admite una gran diversidad de puntos de vista (literario, político, militar, artístico, filosófico, religioso...). Uno tiende a imaginar, y no del todo ingenuamente, que en aquella época bastaba con poner un pie en la calle de una gran ciudad —Madrid o Sevilla— para cruzarse con media docena de santos, la mitad de ellos místicos, un corrillo de artistas geniales, una discusión encendida entre escritores sublimes, tres o cua-

tro héroes protagonistas de gestas inmortales, un par de fundadores de ciudades en geografías remotas, algún testigo de un milagro, un clérigo nigromante amigo del demonio, un soldado que bajo su coselete lleva un alma de poeta, dos metafísicos discutiendo sobre si Aristóteles fue o no *praecursor Christi in naturalibus*, un lazarillo y un ciego, una joven criolla viuda de un soldado del Perú que, una vez libre, anda en compañía de un gentilhomme mancebo, una Celestina zurciendo tramas en la penumbra y un buhonero francés pregonando a gritos su mercancía (Tirso de Molina, *Por el sótano y el torno*):

¿Compran peines, afileres,
trenzaderas de cabello,
papeles de carmesí,
orejeras, gargantillas,
pebetes finos, pastillas,
estoraque y menjúí,
polvos para encarnar dientes,
caraña, capey, anime,
abanillos, mondadientes
sangre de drago en palillos
dijes de alquimia y acero,
quinta esencia de romero,
jabón de manos, sebillos,
franjas de oro milanés,
listones, adobo en masa?

Cruzándose con el buhonero francés, un joven que busca algo que llevarse a la boca ofrece así sus servicios (*Farsa del mundo y moral*, de Fernán López de Yanguas):

¡Hao! ¿Quién quiere un moço, zagal bien dispuesto,
que salta, que corre, que bien tira barra
y pinta sambugas, rabés y guitarra
y haze otras cosas allende de aquesto?

Y en un rincón de una posada, me imagino al holandés Paul van Merle, tomando notas para su *Cosmografía general* y su *Geografía particular* (1605), donde asegura que «los españoles poseen una forma elegante de hablar, son cultos y aparatosos en la oratoria, astutos en los consejos, cautelosos en la conversación, impacientes en el amor, pertinaces en el odio, suspicaces en los negocios, corteses con los extranjeros, expertos y rapaces como soldados».

Son tantos los reclamos de esta época que, inevitablemente, hay que elegir una perspectiva y dejar en segundo o tercer plano otras muchas; no siendo menos interesantes, no caben en estas páginas. He optado por seguirle el rastro a las manifestaciones del yo. La tesis que defenderé es que nuestro Siglo de Oro puede entenderse como una exploración colectiva del yo, porque no hay menos conquistadores de las geografías del alma que de las tierras de América.

¿Hay, pues, una vía específicamente española de acceso al yo? Creo que sí, pero esta se caracteriza más por su intensidad emocional que por su método racional (que, sin em-

bargo, no falta). El yo del Siglo de Oro es más el yo de la pasión que el yo del *cogito*.

En España pululan los adelantados en la aventura del alma. Desde el pícaro al místico, es un clamor de yoes. Si, como decía Platón, «el alma del ciudadano es el reflejo del alma colectiva», podemos sospechar que el deseo de subrayar el propio yo algo tiene que ver con la configuración de los Estados modernos en torno a un nuevo ideal de soberanía. El Estado soberano y el ciudadano que aspira a ser tal son dos fenómenos que se refuerzan y explican mutuamente, pero entre nosotros esta dinámica se desarrolla en el seno de una atmósfera religiosa tan intensa que es difícil que un español del siglo XXI posea la imaginación suficiente para hacerse una idea cabal de lo que supuso. ¡Si hasta el mismo Felipe IV extendió su yo a los pies de una monja de clausura que nunca salió de Ágreda!

Al mismo tiempo que los místicos se preguntan cómo purificar «el amor de sí mismo», Hernán Cortés escribe en su *Segunda relación* (30 de octubre de 1520): «Por lo que yo he visto y comprendido cerca de la similitud que toda esta tierra tiene a España, así en la fertilidad como en la grandeza y fríos que en ella hace, y en otras muchas cosas que la equiparan a ella, me pareció que el más conveniente nombre para esta dicha tierra era llamársela Nueva-España del mar Océano». En este gesto de bautizar tierras que son más grandes que la propia patria hay una afirmación de sí mismo que eleva a Cortés a la altura de los grandes héroes antiguos. Cortés está diciendo a sus contemporáneos que es posible soñar a lo grande en este mundo, que tienen a su

alcance lo posible y que lo posible en el siglo XVI no ha tenido nunca nada que se le equiparase.

Esos sueños comenzaron a recorrer las calles de España estimulando la imaginación de quienes estaban acostumbrados a limitarse a prever la epopeya del pan de cada día, el heroísmo humilde que se atrevían a merecer. Pero lo notable es que, impulsados por un clima colectivo de autoafirmación, hasta los humildes comenzaron a dar publicidad a su yo menesteroso, a escribir la epopeya diaria de su supervivencia.

Decía el soberano francés Francisco I que podía considerarse feliz porque sus hijos nacían armados. Nacían desnudos, como todos, pero crecían entre sueños de grandeza. No en vano llegaban noticias de América que antes de 1492 nadie se hubiese atrevido ni a imaginar. Por ejemplo, fray Pedro Aguado aseguraba en la *Conquista del Nuevo Reino de Granada*, que hubo ocasiones en que los españoles fueron recibidos en América como «hijos del sol». En los *Anales de los Cakchiqueles*, habitantes de la actual Guatemala, se describe así su primer contacto con los invasores: «Sus caras eran extrañas, los señores los tomaron por dioses, nosotros mismos, vuestro padre, fuimos a verlos cuando entraron a Yximché».

Era imposible ignorar el fulgor del oro en una España en la que los estudiantes de Salamanca, que pasaban hambre habitualmente, no tenían qué llevarse a la boca en cuanto la cosecha de trigo venía escasa. Así nos los dibuja Sebastián Horozco en su *Cancionero*: